

LA LIBERTAD Y EL AJEDREZ

por Francisco-Manuel Nácher

La libertad es una de las maravillas del universo. Un instante como otro cualquiera se convierte en trascendental para el que lo utiliza ejerciendo su libre albedrío. Desde entonces, ya todo cambia. Lo que parecía que iba a ser, ya no será y, en su lugar, será lo que sólo era posibilidad. Y cada segundo que pase, ambos senderos, el que pudo ser y el que es, trazados en el futuro, irán divergiendo en sus hechos, en sus consecuencias y en su avance a través del tiempo.

Si yo, entre dar un paseo o quedarme en casa leyendo, escojo lo primero, por ejemplo, habré dado a mi vida un rumbo totalmente distinto que si hubiese preferido la segunda opción.

El hecho podríamos analizarlo así: Al escoger el paseo, todo lo que vea, lo que oiga, lo que hable, lo que piense, lo que sienta durante él, cuando vuelva a casa, ya formará parte de mi vida y estará almacenado en mis memorias consciente y subconsciente, e influirá en cualquier pensamiento, palabra u obra futuros, y servirá de base para adoptar decisiones posteriores. Aparte de que, durante el paseo habré estado continuamente haciendo elecciones menores, como ir por aquí o por allá, acelerar o no el paso o detenerme, contemplar o no con detalle determinadas cosas... y cada una de esas decisiones influirá inevitablemente en las posteriores: Como consecuencia, por ejemplo, de llevar una velocidad determinada, me habré encontrado en la calle con un amigo, con el que no me hubiera tropezado, de ir más deprisa o más despacio; este amigo me dirá algo que no hubiera sabido de no habernos encontrado; lo que me diga me hará tener que escoger entre pensar o sentir o incluso hacer una u otra cosa, decisión que no hubiera tenido que adoptar si mi amigo no me hubiera dicho aquello... La cadena decisión = causa - efecto - nueva decisión = causa - efecto - nueva decisión = causa - efecto... es infinita, pero no sólo linealmente, deslizándose en la dirección del tiempo, sino "espacialmente", ofreciendo cada instante de decisión un abanico de posibilidades de elección, cada una de las cuales conduce a distintos parajes en la maraña de lo posible.

Por eso la necesidad de atención permanente a cuantas decisiones tomemos, bien entendido que vivir es decidir o, si se quiere, decidir es vivir, ya que cada decisión es un paso en el sendero de nuestra existencia que, inevitablemente, nos aleja del punto de partida (la infancia, la inexperiencia, la ignorancia) y nos acerca a la meta (la experiencia, la sabiduría, la verdad). Y la vida, una sucesión ininterrumpida de decisiones, cada una de las cuales nos conduce a la necesidad de adoptar la siguiente y nos proporciona, con sus consecuencias, una valiosa enseñanza. Y siempre sin la posibilidad de volver atrás en las mismas circunstancias en que estábamos antes.

La verdadera vía, pues, no consiste en no decidir, que sería tanto como no vivir, sino en decidir bien.

Para decidir bien, sin embargo, hace falta ser capaz de prever las posibles consecuencias de cada decisión y escoger la más conveniente.

Y, como cada decisión nos lleva a otras varias, acaba el vivir siendo algo parecido al juego del ajedrez en el que, una vez iniciado, cada jugada determina un derrotero de la partida en el que tendremos que prever las consecuencias de las distintas opciones posibles, antes de decidirnos por una.

En ajedrez (y no olvidemos que los juegos antiguos no tenían más finalidad que la de ilustrarnos sobre las verdades ocultas), el que más jugadas prevé es el que más acertadamente decide y, por tanto, el que gana. En la vida, el que más prevé es también el que gana y lo llamamos prudente o sabio.

Y, tanto en el ajedrez como en la vida, no cabe duda de que cada jugador es plenamente responsable de la marcha, buena o mala, de su juego, pues es él quien va eligiendo libremente en cada jugada las fuerzas que pone en movimiento.

* * *